

ORTIZ CANSECO, M. (2022). *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. Madrid: Cátedra, 516 pp. ISBN 978-84-376-4378-6.

El volumen que reseñamos incluye la última edición crítica aparecida de la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* del escribano vallisoletano Agustín de Zárate, al cuidado de la profesora Ortiz Canseco. El trabajo de la investigadora se divide –siguiendo el modo de proceder habitual en las ediciones críticas– en estudio introductorio y texto fijado, a los que se añaden tres anexos. Los dos primeros recogen respectivamente la transcripción de los capítulos con variantes en la *princeps* y los textos modificados (y añadidos) de la edición de 1577. En el último encontramos una tabla de contenidos de la impresión de 1555.

La introducción comienza con una breve –pero bien medida– semblanza del autor de la crónica, que suministra algunas de las claves indispensables para comprender la *Historia* en su contexto político e histórico. Entre ellas destaca la buena relación de Zárate con los hermanos Pizarro. Amén de la buena sintonía, tenemos testimonios que dan cuenta del apoyo brindado por Zárate a los rebeldes, lo cual supuso la cárcel para nuestro escritor (acusado por el implacable fiscal Villalobos), si bien consigue recuperar el favor real al término del proceso en octubre de 1553. Ortiz Canseco da cuenta de los pormenores del dilatado juicio a partir de Lohmann, Roche y Hampe, a los que cita debidamente con rigor bibliográfico.

Después la exégeta explica la estructura de la crónica, formada por siete libros que narran los sucesos acaecidos en Perú desde 1525 hasta 1548. Aunque el objetivo principal de Zárate consistía en narrar su experiencia personal, pronto advierte que es necesario contextualizar la llegada de los españoles, motivo por el que los cuatro primeros libros se dedican a relatar exclusivamente los hechos previos a la llegada del cronista: el encuentro de Pizarro, Almagro y Luque en Panamá (I), la muerte de Atahualpa (II), la batalla de las Salinas (III) o la célebre contienda de Chupas (IV). Por otra parte, los libros restantes comprenden el periodo 1544-1548, que ya inciden en las vivencias directas de Zárate: muerte de Núñez Vela (V), nombramiento de Pedro La Gasca como pacificador del Perú (VI) y la batalla de Xaquixaguana (VII),



que supone la decapitación de Gonzalo Pizarro y del temible maestro de campo Carvajal. Este último personaje recibe un importante espacio en la crónica, pero destaca, especialmente, por una pintura ominosa. Llama la atención, por ejemplo, el episodio que se encuentra en el capítulo XIII del libro V, donde vemos al licenciado mofándose de tres reos momentos antes de ser ahorcados. A uno de ellos le da la posibilidad de elegir la rama de la que ser colgado: “le dijo (a Pedro del Barco) que por haber sido capitán y conquistador y persona tan principal en la tierra, y aun casi el más rico della, le quería dar su muerte con una preeminencia señalada, que escogiese en cuál de las ramas de aquel árbol quería que le colgasen”. Ahora bien, el actante de mayor interés es Gonzalo Pizarro, dado que su retrato va ligado directamente a la historia textual de la crónica. Al respecto, Ortiz Canseco aduce que hay diferencias notables en el tratamiento del personaje en los ejemplares de la edición príncipe, así como en la de 1577. Un ejemplo significativo es el del capítulo VIII del libro VII, cuando se narra la muerte del conquistador. Si en 1555 se dice “muriendo como *muy* buen cristiano”, veintidós años más tarde leeremos “muriendo como buen cristiano”, proposición en la que se mitiga el énfasis que imprimía el adverbio, interpretable como indicio de afecto.

En lo que atañe a las fuentes, Ortiz Canseco refleja el buen conocimiento que tenía Zárate de la cultura clásica grecolatina, pues en las páginas abundan las referencias a Platón, Horacio, Séneca, Ovidio, Plotino, Tucídides, Julio César, Plutarco, etc., que sobre todo se concentran en la dedicatoria y en la introducción de la crónica. Allende la Antigüedad, Zárate se muestra como un escritor actualizado que maneja con suficiencia las crónicas de su tiempo, en concreto, las de Albelino, Rodrigo Lozano o López de Gómara. En opinión de algunos críticos, el empleo de las fuentes contemporáneas en la *Historia* raya en el plagio, pero Ortiz Canseco recuerda –con agudeza– que tales prácticas eran habituales en el Clasicismo. Del mismo modo, la profesora indica que Zárate no recibe jamás educación universitaria, y por tanto no ostenta el grado de erudición de otros cronistas, como Bartolomé de las Casas (este último contaba con una formación excelente en jurisprudencia y teología, adquirida en el Colegio de San Gregorio de Valladolid).

Una vez revisados el argumento de la obra y las circunstancias histórico-políticas que la rodeaban, la erudita concluye la introducción con la genealogía textual, resuelta, a mi juicio, de forma satisfactoria. Como ya se apuntó, la primera edición es de 1555, y aparece por primera vez en Amberes en la imprenta de Martín Nuncio (según Zárate, es el propio príncipe Felipe quien le anima en la tarea). Con

todo, existen varios ejemplares de la edición príncipe que, según Cabard, invitan a pensar que el testimonio revisado de 1577 no es la segunda edición, sino la tercera. Ortiz Canseco recoge además las observaciones de McMahon y de Roche, imprescindibles para trazar la tradición textual de la *Historia*, en la que hay tres estados de escritura: A1 (ejemplares más alejados de la versión definitiva), A2 (nivel intermedio) y A3 (ejemplares más cercanos al texto definitivo, del que beben las traducciones y la revisión). A este tercer grado –dentro de la escala propuesta por Roche– pertenecen los testimonios de la BNE con firmas U/5266 y R/31359, que son los que coteja la profesora para elaborar la edición crítica.

El estudio de variantes es impecable y, a mi modo de ver, una de las mayores virtudes del volumen. En líneas generales, sobresalen los cambios que se producen en el libro I y en el libro V. En el primero no queda ni rastro de los capítulos X, XI y XII, que describían las religiones indígenas. Al parecer, la supresión se explica –según Bataillon– por los nuevos rumbos del proyecto político de Felipe II a partir de 1577, ya que la universalidad cristiana debía edificarse sobre la ignorancia de las culturas amerindias. Por otra parte, las alteraciones del libro V se supeditan al objetivo director de blanquear la figura del virrey Núñez Vela, que se acaba presentando –de manera interesada– como víctima de Gonzalo Pizarro. De una lectura atenta de los títulos trocados, se barrunta una intención por alejarse de cualquier postura pizarrista (en la línea del libro III, donde se encomia la figura de Diego de Almagro).

El texto fijado es limpio, y en el aparato de notas quedan bien reflejadas las variantes de la revisión de 1577, con su explicación pertinente (la mayoría de las veces por motivos políticos, aunque también vemos descuidos del proceso de impresión). Asimismo, considero que la editora acierta de lleno en presentar una anotación filológica mesurada, dado que la *Historia* es –y ello no puede pasar inadvertido– una crónica de quinientas setenta páginas (unas glosas extensas habrían convertido la lectura del texto en un verdadero esfuerzo).

En último lugar, y a modo de sugerencia para una futura reedición, recomendaría añadir un capítulo más al estudio prologal. Creo que sería oportuno dedicar, como hizo Consuelo Varela en la edición de *La brevíssima relación* del obispo de Chiapas, un apartado sobre la elocuencia. Si bien es cierto que el uso recurrente de las estructuras polisindéticas es lugar común de las crónicas, también se hace necesario analizar las formas particulares que emplea el contador para expresar una serie de experiencias que, por falta de significantes al alcance, acaban dando lugar a extensísimos circunloquios. En este sentido, también se podría analizar la

amplificatio, con una comparación exhaustiva entre las cantidades señaladas por el cronista y los datos reales estimados (recordemos los “cuentos” lascasianos, equivalentes a ‘un millón’). Pero esto debe ser el objeto de otro trabajo, que quizá pueda desarrollarse de forma exenta.

Como corolario de todo lo que aquí se acaba de decir, podemos concluir que el presente volumen recoge una edición crítica sólida y rigurosa de una de las crónicas más importantes de las guerras civiles del Perú, que después de llevar años descatalogada, vuelve al mercado editorial de la mano de Ortiz Canseco con una perspectiva seria y actualizada.

Jorge Ferreira Barrocal
Universidad de Valladolid
jorge48@hotmail.es